
MEXICO –EE.UU: IMPERATIVOS DE LA SEGURIDAD

Vladimir Súdarev
Doctor titular (Politología)
Subdirector del ILA

EE.UU. – MEXICO: VECINDAD CONFLICTIVA

Resumen: *Dicho ensayo está dedicado al análisis de relaciones entre los EEUU y México con énfasis en los problemas fronterizos. El autor subraya que estas relaciones históricamente han tenido un carácter desigual y conflictivo, lo que determina en cierta medida el desarrollo de las mismas en la actualidad cuando aparecen nuevos factores como intensificación de narcotráfico y de migración ilegal lo que aumenta la tirantez entre los dos países a pesar de la integración económica en el marco del TLCAN.*

Palabras clave: *Relaciones México-EEUU, problemas fronterizos, TLCAN, migración ilegal, narcotráfico.*

Abstract: *This article gives an analysis of the relationship between the USA and Mexico focusing on the border problems. The author points out an unequal and conflictive nature of these relations throughout the history, what in a certain way determines their current development. Nowadays such new factors as drug traffic and illegal migration are increasing tension between these countries despite their economic integration within NAFTA.*

Key words: *Mexico-USA relations, border problems, NAFTA, illegal migration, drug traffic.*

La frontera de 3 mil kilómetros entre los EE.UU. y México, formada hace más de un siglo, todo este extenso periodo recordaba en sí una “permanente llaga sangrienta”, convirtiéndose en una fuente de continuos conflictos. El extremadamente negativo contexto histórico de las relaciones y la gigantesca asimetría del poder económico y político – militar entre los dos países engendraron persistentes estereotipos de percepción de las dos naciones y los estados entre sí. El hecho de que en el siglo XIX los Estados Unidos “cercenaron” de México más de la mitad de su territorio (el actual

estado de Texas y los estados del Suroeste), y posteriormente, incluso durante la revolución mexicana de los años 1910 – 1917, reiteradamente realizaban intervenciones armadas, fue sólidamente retenido en la memoria histórica de la nación. El antiamericanismo se convirtió en una parte de la moderna cultura política de México y en el transcurso de todo un siglo más de una vez iba alimentándose gracias a los “recursos a la fuerza” usados por los EE. UU. en relación a su sureño vecino.

A esto cabe agregar que, aun abstrayéndose de tan negativo pasado, las relaciones americano – mexicanas en el transcurso de todo el siglo XX representaban el único, raramente encontrado en la práctica mundial, complejo de relaciones bilaterales, extremadamente saturadas, tanto por fuertes componentes de integración, como por múltiples nudos de contradicción y conflictos.

Para Washington, hasta los años 70 cuando comenzaron a complicarse las relaciones bilaterales, México se consideraba como un socio menor natural, aunque un poco inquieto, el cual dadas las realidades geopolíticas nunca puso en duda el liderazgo estratégico de los Estados Unidos.

Para la élite gobernante mexicana, así como en la conciencia de las masas, las relaciones con los Estados Unidos eran inherentemente desiguales y conflictivas, por este motivo la mayor parte de la energía de la política exterior era absorbida precisamente por el complejo de las relaciones con el norteño vecino. Como escribía el profesor norteamericano A. Lowenthal, el Ministerio de Relaciones Exteriores de México les otorgaba cerca del 85% de todo su tiempo. Para los Estados Unidos, México durante mucho tiempo ni siquiera entraba en su escala de prioridades. En su libro *White House Years (Los años en la Casa Blanca)* Henry Kissinger solamente una vez mencionó a México, aunque al parecer, en los años 70 el contexto de las relaciones americano-mexicanas comenzó a cambiar impetuosamente¹.

El conjunto de los problemas fronterizos se ha convertido en el componente principal de las relaciones bilaterales. La frontera común de tres mil kilómetros, tanto desde el punto de vista histórico, como por la lógica geopolítica fue el punto de partida de un proceso muy peculiar de integración, iniciado en las primeras décadas de posguerra y conocido como “integración silenciosa”. En su fundamento yace la gradual integración de los estados norteños de México con la zona sur-oeste de los EE.UU. – parte del llamado “Cinturón del Sol”.

Los procesos, que se desarrollaban en las zonas fronterizas, reflejaban en forma concentrada las tendencias, que iban cobrando impulso en las relaciones americano – mexicanas en general. Las economías de ambos países en los años de posguerra cada vez más se “encarnaban” la uno en la otra. A mediados de los años 70, México se convirtió en el tercer socio comercial de los Estados Unidos y en el tercer país por capacidad del mercado para las exportaciones estadounidenses.

El potencial generador de conflictos en las relaciones americano – mexicanas, como se ha señalado anteriormente, existía inicialmente. Sin embargo, este modelo, siendo suficientemente flexible, hasta cierto momento permitía disipar las agudas contradicciones, reduciendo la fricción con el “lubricante” – nuevos préstamos, concesiones comerciales, etc. Los Estados Unidos suficientemente se adaptaron a tal incomoda para ellos contraparte política, como el Partido Revolucionario Institucional (PRI), y, en particular, a su fraseología revolucionaria, rumbo independiente en la política exterior, así como al establecido mecanismo de interacción entre la política interior y exterior.

Sin embargo, a mediados de los años 80 la situación en la frontera americano-mexicana, de hecho, salió fuera del control de las autoridades de ambos países. En gran medida esto estaba relacionado con que al problema de la inmigración ilegal se añadió el contrabando de narcóticos, armas y el crecimiento de la delincuencia en los estados norteamericanos fronterizos con México. En los años 80 ambas partes no estuvieron preparadas a la nueva espiral del contrabando fronterizo de narcóticos.

Esto fue, en primer lugar, determinado por la nueva calidad adquirida por este fenómeno. A mediados de la década México, suministrando al mercado estadounidense el 40% de la heroína y el 30% de la marihuana, se convirtió en el principal punto de transbordo en la transferencia hacia los EE.UU. de narcóticos desde los países andinos – Colombia, Perú, Bolivia. De hecho, la frontera mexicano-americana se convirtió en la principal puerta de envío de drogas a los EE.UU.

En segundo lugar, los elementos de entendimiento y cooperación en la lucha contra el contrabando de narcóticos, que caracterizaban las relaciones bilaterales en el anterior periodo, en la primera mitad de los años 80 fueron definitivamente perdidos. Más aun, el problema del narcotráfico aumentó drásticamente la conflictividad de las relaciones interestatales. Las autoridades estadounidenses tomaron

el camino de acciones militares unilaterales, incluyendo acciones no sancionadas por la parte mexicana en el territorio de este país.

Además, el sistema de control de las relaciones bajo el principio de "ad hoc", cuando en el caso del surgimiento de una situación conflictiva en cierto problema las autoridades centrales de ambos países tomaban medidas a nivel político para desbloquearla, dejó de funcionar. El modelo tradicional de las relaciones necesitaba una renovación cualitativa.

Precisamente durante el debate de los círculos gobernantes a mediados de la década comenzó a formarse el consenso en relación a que, no los mecanismos de fuerza, sino los blandos mecanismos políticos de integración podrían ser más productivos en lo que respecta a México.

El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que entró en vigor el 1 de enero de 1994 fue un acontecimiento, cuya trascendencia considerablemente superó el marco regional. De hecho, se inició la formación de la mayor zona de libre comercio en el mundo, en un área de 19,5 millones de km² con una población de 378 millones de personas y un PIB sumario de US\$8,5 billones, lo que constituye el 24% del PIB mundial.

Por un lado, esto aparentaba ser la continuación lógica de una larga trayectoria, a menudo descrita como la "integración silenciosa", es decir la atracción gradual de México hacia la órbita de la economía norteamericana.

Por otro lado, la adhesión de México fue el comienzo de un experimento gigantesco, históricamente significativo, cuando dos países altamente desarrollados, miembros de la "G7" y un país con muy diferente nivel de desarrollo y civilizacional formaron un espacio común de integración. Siendo de notar que desde el principio se perfilaron no solamente las indudables ventajas de tal unión, sino también los considerables riesgos tanto para los Estados Unidos, como en particular para el propio México. El propósito estratégico se apuntaba a que la adhesión a la alianza estadounidense – canadiense fortalecería significativamente la estabilidad socio-política en México y respectivamente la vertical gobernante del PRI, la cual se volvía cada vez más débil a final del siglo.

Un importante papel en el giro de México hacia el proyecto norteamericano de integración jugó la revisión a principios de la última década del siglo XX de los valores tradicionales, por los cuales se guiaba el Estado en sus relaciones con el mundo exterior. Las élites gobernantes, de hecho, proclamaron la renuncia a la ideología

del nacionalismo. El nacionalismo, que en el transcurso de décadas fue el factor más importante de la estabilidad interna y movilización social, según la élite gobernante, ya no podía más garantizar la independencia. La integración en la comunidad internacional, el ingreso en el “primer mundo” fue señalada como la condición principal para garantizar la soberanía del país.

No hay necesidad de una cobertura detallada de las vicisitudes del propio proceso de negociación y de la descripción del funcionamiento del TLCAN. Destacaremos solamente las posiciones principales que trabajan para el futuro.

El proyecto empezó a “funcionar” en primer lugar, naturalmente, en el campo del comercio exterior. Basta decir, que en el año 2010 en comparación con el año 2009 México alcanzó el mayor, en comparación con otros países de la región, crecimiento de los volúmenes del comercio exterior en un 28,6% (su volumen total logró US\$393 mil millones). A modo de comparación, el volumen del comercio exterior entre los EE. UU y Brasil, que ocupó el segundo lugar entre los países latinoamericanos, era incomparablemente menor – US\$59 mil millones.

Sin embargo, cabe señalar el fuerte desequilibrio, que el TLCAN ha causado en las relaciones de comercio exterior mexicano. Según los datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPALC), en el año 2010 la parte de los Estados Unidos en el comercio de México alcanzó el 80,3% y la parte de América Latina solamente el 6,8%, siendo de notar que este índice casi se ha duplicado desde principios de la década. Bien es verdad que, la mitad de las exportaciones industriales mexicanas estaban representadas por las plantas de ensamblaje “maquiladoras”, la gran mayoría de las cuales pertenecen a las compañías transnacionales estadounidenses.

Justamente gracias al TLCAN, México se ha convertido en uno de los países con el más favorable clima de inversión. El tratado sobre la zona de libre comercio, en primer lugar, ha servido de una especie de póliza de seguro para los inversionistas extranjeros, garantizándoles, que con este país “no sucederá nada”. En segundo lugar, México se ha convertido en un maravilloso trampolín para la exportación de la producción de sus filiales al más vasto mercado del mundo que son los Estados Unidos.

Si en el campo del intercambio comercial y las inversiones, a primera vista, todo estaba claro, mucho más complicada es la respuesta a la pregunta: ¿Cómo ha influido el TLCAN sobre el conjunto de las relaciones fronterizas? Hay que recordar que ambas

partes al firmar el acuerdo sobre la zona de libre comercio, esperaban un significativo progreso precisamente en esta área.

El problema de la inmigración ilegal se ha agravado notablemente. Y esto solo a primera vista parece paradójico. Las esperanzas de que el TLCAN automáticamente “ajuste” el nivel de los salarios en México al nivel de sus vecinos altamente desarrollados, no solamente no se han justificado, sino que se ha aumentado la diferencia. El costo promedio de la hora de trabajo en la industria manufacturera de los Estados Unidos en el 2001 era de US\$18,7 y en las plantas maquiladoras, que suministran su producción al mercado de los EE.UU. – solamente US\$1,5.

El problema de la inmigración ilegal si acaso se ha movido del punto muerto, esencialmente solo en la dirección hacia el endurecimiento del régimen migratorio. Este, sin embargo, no condujo a ninguna limitación de la migración ilegal. Según la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, a principios del siglo XXI en el territorio de los Estados Unidos vivían cerca de 2 millones de inmigrantes indocumentados.

El problema de la migración ilegal tomó para México un nuevo acento. Precisamente en los años 90 el país se vio obligado a “cerrar” su frontera sureña, la cual fue sometida a una fuerte presión migratoria de parte de los países centroamericanos, originarios de los cuales bajo el peso de la crisis económica intentaban inmigrar en los Estados Unidos a través de México. Como resultado México, que desplegó en los años 90 la campaña internacional por el respeto de los derechos de los migrantes (justamente por iniciativa de México desde el año 1999 en las Naciones Unidas fue establecido el puesto de Relator Especial sobre los problemas de la migración), se encontró en el papel del Estado, que estos derechos, de hecho, limita.

A principios del siglo XXI, el 70% de todos los narcóticos a los Estados Unidos fueron traídos de México. Anualmente los narco carteles mexicanos ganaban en el mercado de los EE.UU. cerca de US\$30 mil millones. La cooperación bilateral alcanzaba cada vez más un carácter imperativo. En Washington crecía la comprensión de que, las acciones unilaterales, que se reducían principalmente a la infiltración en México de agentes especiales norteamericanos, así como la “suspensión” de este país bajo la amenaza de no ser certificado, tenían esencialmente el efecto contrario, alimentando los ánimos antiamericanos y obstaculizando la mutua confianza.

La victoria en las elecciones presidenciales del año 2000 del candidato del opositor Partido de Acción Nacional Vicente Fox hizo notables ajustes en las relaciones bilaterales.

En calidad de su principal tarea en la política exterior el nuevo presidente designó el alcance de un avance cualitativo en la solución del problema migratorio con los Estados Unidos. Al mismo tiempo, fue determinado un periodo concreto – hasta finales del año 2001. Vicente Fox inicialmente, de hecho, puso en dependencia de la solución de este problema su futuro político y desde los primeros pasos comenzó a poner en práctica su proyecto.

Los acontecimientos del 11 de septiembre del año 2001 asestaron un duro golpe a la interacción en este ámbito, poniendo en tela de juicio la liberalización del régimen migratorio. Más aún, en los Estados Unidos se dio inicio al muy explicable proceso del “cierre de la frontera”, y México comenzó a ser visto por una serie de expertos como la más cómoda plaza de armas para nuevos ataques terroristas contra los Estados Unidos.

Esto se ha reflejado no solamente en la firma en el año 2005 durante la cumbre de presidentes de Canadá, Estados Unidos y México de “La Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte (ASPAN)”, la llamada *Iniciativa de Mérida*. El 26 de septiembre del año 2006 George Bush firmó la ley, que autorizaba la edificación en una serie de tramos de la frontera común una cerca alta de 1100 kilómetros, asignando para estos fines US\$1200 millones. Un poco antes, en el mes de mayo el presidente de los EE.UU. dispuso reforzar notablemente la presencia de las tropas de la Guardia Nacional en la frontera con México. Como escribía el periódico español *El País*, en los últimos años de la presidencia de George Bush, los Estados Unidos continuaron con la militarización de la frontera sur².

Al mismo tiempo, en la prensa estadounidense fueron lanzados materiales de que la comunidad libanesa que es bastante numerosa en México tiene estrechos vínculos y directamente financia las actividades de la organización terrorista Hasbollah.

La reacción de los círculos gobernantes de México, particularmente a la construcción de barreras en la frontera, no es difícil de imaginar. El Gobierno de Vicente Fox emitió una protesta oficial, y el Secretario de Relaciones Exteriores de México Luis Ernesto Derbez llamó semejante acción “estupidez”, por la cual, en consecuencia, pagarán los políticos del país³. En general, México por

cierto periodo salió de la categoría de líneas prioritarias de la política exterior de los EE.UU, atascados en Irak y Afganistán.

Sin embargo, las prioridades cambiaron muy pronto. Los sucesos en las zonas fronterizas con México, comenzando desde la segunda mitad de la primera década del nuevo siglo, a primera vista, inesperadamente para las autoridades estadounidenses, se convirtieron en una de las principales amenazas a la seguridad nacional de los EE.UU. Esto exigió una urgente "recarga" de las relaciones, para la cual las autoridades norteamericanas no estaban preparadas.

Siete más grandes narco cárteles mexicanos, y en primer lugar los más poderosos y armados con la última tecnología que son Zeta y Golf desataron en los estados fronterizos con los EE.UU. una verdadera guerra por las esferas de influencia y el liderazgo en el traslado de narcóticos a los Estados Unidos desde las costas del Atlántico y del Pacífico. Las autoridades mexicanas se vieron obligadas a introducir las tropas (más de 50 mil soldados) en estas regiones fronterizas, donde las autoridades locales se vieron impotentes ante los bien organizados combatientes que hacían uso de sus vínculos corruptos con los servicios locales antinarcóticos. Desde el año 2006 hasta mediados del 2011 como resultado de la verdadera guerra callejera perecieron más de 50 mil personas (en su mayoría civiles). A la vez, entre las víctimas había más de 80 ciudadanos estadounidenses.

El gobierno de Felipe Calderón acusó a Washington de la falta de apoyo efectivo por parte de los EE.UU. En una de sus intervenciones él, en particular, declaró: "Es inexplicable como los narco carteles pueden actuar activamente en el territorio mexicano, y cruzando la frontera con los Estados Unidos desaparecer como por arte de magia, como si nunca hubieran existido"⁴.

No obstante la táctica irreconciliable del presidente mexicano fue criticada incluso por su propio partido. Así Vicente Fox durante su visita a la Argentina en septiembre del año 2011 declaró sobre la errónea táctica elegida por Felipe Calderón de "la violencia para reprimir la violencia", y en particular el uso de fuerzas armadas inadaptadas para tales funciones, en lugar de formar unidades especiales de la policía, cuyos comandantes fueran elegidos por la población. Al mismo tiempo, él propuso pronunciar una tregua y entablar negociaciones con los líderes de los narco carteles. La administración de Barack Obama fue cogida de sorpresa y no supo como reaccionar ante la situación, cuando en la frontera aparecieron

regiones que, de hecho, no son gobernadas por las autoridades locales. Por primera vez en la historia de las relaciones americano – mexicanas, el presidente de los EE.UU. reconoció oficialmente, que los narcocarteles principalmente combaten con armas estadounidenses, las que reciben de contrabando de los Estados Unidos. Según las autoridades mexicanas en la segunda mitad de la primera década del siglo XXI se confiscaron más de 110.000 unidades de armas de fuego, el 85% de las cuales eran de fabricación estadounidense. Sin embargo, los llamamientos del presidente Felipe Calderón de endurecer el control sobre la venta de armas en los estados fronterizos hasta el momento no han dado ningún resultado práctico.

Por supuesto, ante esta crítica situación la administración de Barack Obama tenía que reaccionar de alguna forma. En mayo del año 2010, urgentemente los presidentes de ambos países formaron la comisión especial con el fin de elaborar medidas conjuntas para prevenir la violencia en la frontera. En su tercera reunión en abril del año 2011 Washington confirmó su intención de otorgarle a México hasta finales del año 2011 US\$500 millones adicionales en el marco de la Iniciativa Mérida (desde el año 2008 los EE.UU. asignaron más de US\$1 mil millones para la capacitación de las fuerzas armadas mexicanas y su pertrechamiento de nueva técnica militar).

Al mismo tiempo, Barack Obama ordenó el despliegue de 1700 guardias en la frontera con México. Cabe señalar, que en total entre los años 2006 y 2011 el gobierno federal de los EE.UU. gastó más de US\$1350 millones en la realización de operaciones de despliegue de tropas de la Guardia Nacional en su frontera sur⁵.

El presidente estadounidense, al intervenir en septiembre del año 2011 ante los representantes de los medios de comunicación latinoamericanos, aparentemente respondiendo a la réplica de Vicente Fox, expresó su pleno apoyo a Felipe Calderón, quien se negó a entrar en cualquier tipo de negociación con los líderes de narco carteles.

Mientras tanto en las declaraciones de los representantes de la administración de Barack Obama a veces sonaban notas francamente alarmistas, que sólo desestabilizaban las relaciones bilaterales. Así en febrero del año 2010 la Secretaria de estado Hillary Clinton dijo, que México está en las garras de los narco carteles. El propio presidente se vio obligado a suavizar tan ásperas declaraciones. Más lejos aún fue la Secretaria de seguridad nacional de los EE.UU. Janet Napolitano, quien declaró que su agencia no

descarta la alianza de Zeta y Al-Qaeda con todas las consecuencias que se pueden derivar. El subtexto de estas declaraciones, por cierto, no lejanas a la verdad, según algunos expertos puede ser el siguiente: encendiendo las pasiones los EE.UU. preparan la opinión pública para una intervención más decisiva en los asuntos de México bajo el pretexto de su propia seguridad. Señalemos solamente, que las consecuencias de tales acciones pueden dar lugar a tal explosión socio-política en México, cuyo impacto es muy difícil incluso imaginar. Por esto, la Secretaría de Relaciones Exteriores de México Patricia Espinosa se apresuró a asegurar la opinión pública mexicana de que La Iniciativa Mérida no tiene nada en común con el Plan Colombia, de acuerdo con el cual cerca de cien militares estadounidenses fueron enviados a este país para encabezar la lucha contra los narco-guerrilleros. En este caso, señaló la canciller mexicana, se trataba de una ayuda netamente técnica.

Por lo demás, los presidentes estadounidenses en el último año preelectoral raramente se atreven a semejantes operaciones aventureras, entendiendo aparentemente a que consecuencias pueden llevar las mismas, y también teniendo en cuenta los negativos antecedentes históricos de las relaciones americano – mexicanas. En el caso de México la situación para los Estados Unidos, por muy paradójico que parezca, en gran parte se ha convertido en un callejón sin salida, y no se excluye que la misma mantendrá por un largo tiempo.

No obstante, en principio no se debe excluir en el futuro el escenario de fuerza. Esto, en particular, dio a entender a principios de octubre de 2011 el gobernador de Texas Richard Perry – uno de los posibles candidatos republicanos a la presidencia en las elecciones del 2012. El no solamente había apoyado la dislocación de tropas de la Guardia Nacional en la frontera con México, sino también declaró, que en el caso de ser elegido como presidente, inmediatamente enviaría a México unidades militares “para ayudar” en la lucha contra la narco mafia. La reacción oficial de México, como era de esperar, no se hizo esperar. El embajador mexicano en Washington Arturo Sarukhán se apresuró a declarar, que tal opción en el transcurso de las consultas con los Estados Unidos ni siquiera fue considerada. No obstante, sería sumamente prematuro dar en este momento un pronóstico definitivo cuando la situación se está cambiando tan dinámicamente.

Al mismo tiempo no hay que olvidar, que en el año preelectoral los pretendientes, por lo general, realizan una especie de

competencia en la extravagancia de sus declaraciones. Esto no significa que no deben ser tomadas en serio, ya que estas reflejan determinados segmentos de la opinión pública del electorado. Sin embargo, a menudo todo depende de la formulación concreta. Así en diciembre del año 2011 en el Subcomité del Hemisferio Occidental se desplegaron unos acalorados debates, iniciados por su presidente Connie Mack, legislador republicano de Florida, que propuso utilizar "tácticas de contrainsurgencia" para combatir "insurgencia terrorista", sobrentendiendo los carteles de narcotráfico mexicanos. La correspondiente resolución fue aprobada. Otra cosa es que en este documento no se especificaba que es lo que se entiende por "contrainsurgencia", sobre todo porque, de acuerdo al moderno vocabulario político estadounidense estas son acciones de grupos aislados, incluyendo también del ejército, contra aquellos que tienen la intención de derrocar al gobierno, usando todo un arsenal de métodos, incluido el asesinato. Obviamente, se hablaba del territorio mexicano, aunque se estipulaba, que estas acciones se llevarían a cabo en conjunto con las fuerzas mexicanas⁶. Es obvio, que esta resolución no tenía ninguna oportunidad de pasar por el Senado y, según los expertos estadounidenses, tropezaría con el veto presidencial. Pero, a nuestro juicio, esta, por lo menos, mostró "adonde sopla el viento..."

Al mismo tiempo, a la agudizada situación en México se sobrepuso la situación que claramente ha salido fuera de control en el "punto vulnerable" de los Estados Unidos que es Centroamérica, la que nuevamente, aunque bajo otro ángulo, empezó a ser vista por los EE. UU. a través del prisma de los intereses de su propia seguridad. Se trata, en primer lugar, del fuerte incremento de la delincuencia juvenil callejera en estos países, expresada en la formación de pandillas, los llamados "maras", que literalmente han aterrorizado a la población local y los cuales no han podido ser dominados por los órganos de seguridad pública.

Otro, y potencialmente más peligroso fenómeno ha sido la transformación del istmo centroamericano por los narco carteles mexicanos en el principal punto de traslado de narcóticos a través de México hacia los Estados Unidos. Desplazados parcialmente por las tropas gubernamentales desde las regiones norteamericanas de México los poderosos carteles como "Zetas", han creado puntos de pivote en América Central y en particular en el llamado "triángulo del norte" – Guatemala – El Salvador – Honduras. A la vez, ellos frecuentemente se unían con los "maras". Como resultado, en el comienzo de este

siglo en Guatemala anualmente morían 5,500 civiles (esto supera el número de muertos durante la guerra civil de los años 1960 – 1996). El récord pues pertenece a Honduras – 58 asesinatos anuales por cada 100 mil habitantes. Lo sigue el Salvador – 52 y Guatemala – 48.

De hecho, cerca de las fronteras de los Estados Unidos se ha formado todo un grupo de países (no olvidemos lo que sucedía en la frontera americano – mexicana), cuyas autoridades por si solas no están en condiciones de detener la violencia de parte de las mejor armadas y organizadas bandas narcotraficantes. La situación en general salió fuera de control y era obvio, que ningún acuerdo bilateral resolverá el problema.

En esta circunstancia, por iniciativa del presidente de Guatemala Alvaro Colom en junio del año 2011 se convocó la Conferencia Internacional de Apoyo a la Estrategia de Seguridad de Centroamérica, en la cual participaron los presidentes de los países centroamericanos, México, Colombia, la Secretaria de estado de los EE.UU. Hillary Clinton y los representantes del Sistema de la Integración Centroamericana (SICA). En esta conferencia fue discutido no simplemente la coordinación de los esfuerzos en la lucha contra la narco delincuencia. Como expresó Alvaro Colom, se trataba de la creación de una estructura regional, formada por unidades de élite en la lucha contra el narcotráfico, la cual sería subordinada directamente al “comando central”, el que, a su vez, debe dirigir y coordinar sus operaciones. El presidente guatemalteco señaló, que en cierto modo esta estructura será una versión de la “OTAN centroamericana”, y actuará con el apoyo de los Estados Unidos y México, sin participación de los cuales el éxito de la operación será muy limitado.

Cabe señalar, que en el Hemisferio occidental está fue de hecho la primera experiencia de semejante unión político-militar, la cual bajo las condiciones de debilidad presupuestaria de las autoridades locales, como era de esperar, debería recibir un fuerte financiamiento complementario. Al menos, el Banco Mundial ya ha anunciado la asignación de US\$1 mil millones. El presidente del Banco Interamericano de Desarrollo prometió asignar US\$500 millones. US\$300 millones, según Hillary Clinton, planean asignar los EE.UU.

¿Quién y cómo va a disponer de estos recursos considerables? El Ministro de finanzas de Guatemala Rolando Alfredo del Cid Pinillos hizo notar, que serán creados tres fondos que se administrarán por el SICA. Según él, ningún gobierno subregional tendrá acceso directo a éstos. Dichos fondos serán el “fondo de canasta”, el “fondo

multidonante” y el “fondo de seguimiento y evaluación”. Según sus explicaciones, aunque no del todo inteligibles, el primer fondo será dispuesto por los países y los organizadores – donantes, quienes determinarán los proyectos de financiación y respectivamente sus magnitudes. En el segundo caso los donantes van a colocar sus recursos y determinar los proyectos con el consentimiento de los países – receptores. En el marco del “fondo de seguimiento y evaluación” será creado el grupo de administración, conformado por expertos, comité ejecutivo y el departamento de coordinación de cada proyecto en concreto.

Como se puede ver, el mecanismo multilateral en formación no pudo evitar cierta burocratización, lo que puede reflejarse negativamente en sus actividades prácticas, como ya ha ocurrido reiteradamente. Pero en cualquier caso, esto indudablemente es un paso adelante en el camino de la salida del “punto vulnerable” de la categoría de las regiones con el más alto nivel de delincuencia en el mundo. A su vez, en el caso del establecimiento de una interacción multilateral efectiva, esto es capaz de influir positivamente en las relaciones entre los EE.UU. y México.

¹ A. Lowenthal. Partners in Conflict. The United States and Latin America in the 1990s. Baltimore and London, 1990, p. 85.

² El País, 16.V.2006.

³ Пульс планеты, 3 октября 2006 г.

⁴ Пульс планеты, 19 июня 2006.

⁵ <http://www.infolatam.com/2011/9/12/>.

⁶ El Nuevo Herald.com/2011/12/18.